

Discurso de Daniel Hernández Ruipérez, rector de la Universidad de Salamanca

saladeprensa.usal.es

Comunicación Universidad de Salamanca | 17/09/2015

¿En qué momento se había jodido el Perú?¹ Esta es una de esas frases que cobran vida más allá de las páginas de un libro. Esas frases que las cubiertas no pueden contener o retener. ¿Cuánta gente puede haber que no conozca Ser o no ser, he ahí la cuestión aunque nunca haya leído a Shakespeare? La prueba de que la pregunta de Zavalita tiene vida propia es que se cita de forma no literal y en contextos aparentemente ajenos. Cuántos de nosotros, en algunos momentos de esta crisis económica, política, de legitimidad, nos hemos preguntado o hemos oído a gente preguntar: ¿Cuándo se jodió el Perú? Porque ese Perú ya no es un país (para mí que nunca lo fue) sino más bien un estado de ánimo, o más bien, un estado de desánimo. Puede que esa pregunta, ese diagnóstico, fuera lo único común a lo que se llamó el boom de la literatura latinoamericana.

En efecto, Mario Vargas Llosa logró expresar, condensar esa inquietud de los que se creían herederos de una tradición ilustrada que veían desmoronarse. América Latina logró su independencia al hilo de movimientos políticos ilustrados y se dotó de constituciones que recogían esos valores de la Ilustración. Pero llegó una generación que tuvo la percepción de que todo eso se había torcido, la sensación de que lo único que les había quedado de El siglo de las luces había sido la guillotina de Alejo Carpentier.

Les decía que tengo para mí que esa decepción fue quizá lo poco que compartió aquella generación de escritores; eso y, naturalmente, el impulso de escribir. Poco puedo decir de los méritos literarios de Mario Vargas Llosa, y no es oportuno que lo diga ahora; porque lo hacen mejor los especialistas, mis compañeros de Lengua y de Literatura, porque poco quedará que no haya sido dicho ya; ¡por Dios, si hasta tiene el premio Nobel de Literatura y ya lo leíamos millones antes de que se lo dieran! Pero sobre todo, porque acaba de hacerlo él mismo, para nuestro deleite e ilustración. Solo podría decir que he oído mucho acerca de su narrativa innovadora y que es cierto que a veces uno siente al leerle que habiendo grandes escritores que crean su obra con el lenguaje, Mario Vargas Llosa es de esos privilegiados que dan la sensación de estar creando el lenguaje con su obra.

¹ *Conversación en la Catedral*. Barcelona, Seix Barral, 1971, p. 14

Si esa decepción de la que hablaba fue lo común a aquella generación, las actitudes y las respuestas de cada uno de ellos fueron bien diferentes. En el mérito personal de Mario Vargas Llosa hay que anotar que nunca dio un paso atrás en su compromiso. Su obra y su vida han mantenido una coherencia admirable con ese sentimiento, esa denuncia de quienes cada día tratan de hurtar el legado político más hermoso de la Ilustración, que es, a mi juicio, esa condición individual, esa dignidad particular de ser ciudadano.

Hablar en este paraninfo es siempre un reto, hablar de y ante Mario Vargas Llosa y además después de él, impone un respeto. Desde que supe que había de enfrentarme a este momento, decidí que, si una parte del discurso la hiciera él mismo, salvaría al menos un poco la calidad general de mis palabras. En ese preciso momento me vino el recuerdo de un pasaje que leí hace muchos años, prácticamente cuando se publicó por primera vez. Es un pasaje que les recomiendo rebuscar y leer completo porque es bellissimo y es uno de esos momentos en que asistimos a un mundo verdadero, creado, que coloca al escritor en esa estirpe de suplantadores de Dios que pretenden crear en sus novelas una "realidad total"² que es algo que él dijo en su día de otros grandes novelistas. Hay un momento en *La guerra del fin del mundo* en el que el coronel Moreira César, entra en un poblado casi desierto llamado Pau Seco. No quedan en él más que una mujer en plena miseria y dos criaturas hambrientas, y la narración sigue así:

Su cara se contrae en una expresión en la que se mezclan la tristeza, la cólera, el rencor. Siempre mirándolas, ordena a uno de sus escoltas:

-Que les den de comer. -Y se vuelve a sus lugartenientes: -¿Ven ustedes en qué estado tienen a la gente de su país?

Hay una vibración en su voz y sus ojos relampaguean. En un gesto impulsivo saca la espada del cinto y se la lleva a la cara, como si fuera a besarla. Los corresponsales ven entonces, alargando las cabezas, que el jefe del Séptimo Regimiento, antes de reanudar la marcha, hace con su espada ese saludo que se hace en los desfiles a la bandera y a la máxima autoridad, a los tres miserables pobladores de Pau Seco.³

Es frecuente oír en la literatura discusiones acerca de cuánto del autor está en el carácter de sus personajes. Quiero pensar que hay algo de Vargas Llosa en ese coronel Moreira César, que emprende una expedición al fin del mundo para combatir el sectarismo religioso y la involución política. Ese Moreira César de carácter exigente y severo que es, sin embargo, capaz de ver la cima de la dignidad humana, la muestra de la ciudadanía en las personas más humildes y trituradas por la miseria. Quizá esos sean hoy los refugiados que acuden a nuestras fronteras huyendo de guerras del fin del mundo en las que de nuevo nos asalta el fanatismo.

² *Carta de batalla por Tirant lo Blanc*. Prólogo a *Tirant lo Blanc*. Madrid, Alianza Editorial, 1969

³ *La guerra del fin del mundo*. Barcelona, Plaza & Janés, 1981, p. 172

Querido Mario, acaba de incorporarse al claustro de la Universidad del Español, de la Universidad primada de España y de Iberoamérica, con casi ochocientos años de historia a sus espaldas. Se ha obligado con ella hace un instante en su juramento ritual, a ayudar y a prestar apoyo y consejo cuantas veces fuere requerido. Déjeme que le recuerde, aunque quizá no haga falta, y porque algo tiene que ver con lo que estaba diciendo antes, que en 1986 recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en la misma ceremonia en la que recibía la Universidad de Salamanca el de Cooperación Internacional, un signo premonitorio, podría decirse, del venturoso día que hoy vivimos. Y ya que le estoy robando las palabras, permítame que explique que habló usted en ocasión tan solemne de un indio peruano, Juan Espinosa Medrano, “el lunarejo”, conocido también como “el doctor sublime”, que encandilaba con palabra lujosa, musical, a quienes a cientos venían a escuchar sus sermones como párroco allá en el Cuzco. Y nos enseñó que el doctor sublime, al escribir “borracho de verbo” su Apologética de Góngora, fue el primero en las Américas que se adueñó de la cultura de la colonia, hasta entonces de alguna forma impuesta, que se independizó de ella por cuanto la hizo suya, que abrió el camino por el cual tan propios son Cervantes, o Lope o Góngora, de los peruanos, de los americanos todos de habla hispana, como lo son de los españoles. Como tan nuestro es Vargas Llosa como de los peruanos, me atrevo yo a añadir. En sus últimas palabras en esa ceremonia, nuestro nuevo doctor pidió que la palabra hispanidad, tan impregnada de un tufillo a nostalgia neocolonial y a utopía autoritaria - son sus palabras -, se juntara, se arrejuntara, con la palabra libertad y que no se separaran nunca.

Y aquel clamor en su voz, me devuelve al coronel Moreira César. Veo en él algo de ese caballero andante que es Mario Vargas Llosa, que desde hace mucho es un gran valedor, admirador de nuestro Tirant lo Blanc. Mario Vargas Llosa, que como todo aquel que escribe en español, tiene algo de Cervantes y algo de Alonso Quijano, Mario Vargas Llosa, a quien veo metafóricamente salir de aquí camino de nuevas guerras contra la intolerancia, montando un imaginario Rocinante y abrazando un escudo con un lema escrito que, a mi parecer, ha regido su vida: La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos.⁴

Muchas gracias por su presencia y cortés atención.

⁴ Miguel de Cervantes Saavedra. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. 2ª parte cap. LVIII